

SOBRE LAS RAÍCES DEL MACHISMO

En muchas ocasiones se ha considerado el machismo como un fenómeno inherente a la sociedad mexicana, aunque, como veremos más adelante, no es privativo de ella. De todas formas es un hecho mencionado con frecuencia, al que se han dedicado bastantes estudios, unas veces de carácter sociológico o antropológico, aunque otras hayan sido meras apreciaciones superficiales o subjetivas.

Pero ¿qué es, en realidad, el machismo? ¿Cuál es su origen? ¿Por qué en algunas sociedades está más arraigado que en otras?

Buscando la respuesta a estas preguntas, llevé a cabo una investigación¹ que, basada en procedimientos psicoanalíticos, me condujo a lo que yo estimo como las causas más profundas del origen del problema.

Mi teoría inicial buscaba desentrañar las relaciones entre el complejo de Edipo resuelto de manera deficiente y el machismo. La base de las suposiciones estaba apoyada en la indudable índole neurótica del macho como sujeto portador de dos personalidades: una real (apenas visible) y otra ficticia, que usa para ocultar a la sociedad y para ocultarse a sí mismo la primera, la cual está formada por sentimientos profundos de minusvalía, autodesconfianza, temor a los demás e hipersensibilidad. Todo ello unido a una obsesión fálica, resultado de un concepto empobrecido de sí mismo, y a una inestabilidad que obliga a desatender al yo y a la realidad, muestras claras de inmadurez.

Por otro lado, es evidente en la sociedad mexicana la fuerza de la figura materna, que en muchas ocasiones realiza por sí misma los dos roles, paterno y materno, con el desequilibrio que conlleva todo ello. Propiciado por la propia madre, dentro del ambiente familiar, coexisten la admiración por lo "masculino" y el desprecio por lo "femenino", la sumisión hacia la autoridad paterna (aunque no exista) y una fuerte valoración de la virginidad en las mujeres.

¹ Dicha investigación fue realizada y presentada como tesis doctoral en psicología clínica, con el título de *Fallas en la resolución del complejo de Edipo*. El trabajo que aquí presento es un resumen muy abreviado de ella.

Estas dos características del macho mexicano, su neurosis y su veneración por la figura materna, fueron las que me condujeron a rastrear el origen del fenómeno en las etapas más primitivas del desarrollo humano, descubiertas y bien descritas por Sigmund Freud.

Es necesario recordar que en el primer desarrollo sexual del niño, en los primeros deseos sexuales dirigidos, de la niña hacia el padre y del niño hacia la madre, Freud vio la base de muchos conflictos posteriores. De la forma, positiva o negativa, en que esta primera etapa sexual se resuelva dependerá la estructura definitiva de la vida erótica del individuo.

La característica masculina de este primer estadio es que el niño muestre dos tipos de enlace: uno, sexual, hacia la madre, y otro, de identificación, hacia el padre. Esta situación, que es normal como etapa de desarrollo, debe evolucionar y tener una solución: el niño debe abandonar a la madre como objeto erótico y transformarlo en cariñoso y debe intensificar su identificación con el padre. Si no sucede así, como ocurre con frecuencia, el complejo de Edipo no se habrá resuelto y producirá conflictos posteriores.

Los primeros conflictos se harán visibles en la adolescencia y se manifestarán como una disociación de tendencias causadas por el temor reprimido al incesto: unas tiernas o sentimentales, por medio de las cuales el joven se sentirá atraído por mujeres a las que respeta, pero que no provocan sus instintos sexuales, y otras, claramente sexuales, dirigidas hacia mujeres que no ama y que incluso desprecia.

En los adultos neuróticos que Freud observó analíticamente encontró rastros claros de un complejo de Edipo todavía existente, que se manifestaba en forma de odio hacia el padre y amor hacia la madre, a la cual dirigían en realidad sus deseos sexuales exclusivos.

El resultado de todo ello era, como ya se había mostrado en la adolescencia, una disociación de tendencias. La vida erótica dividida en dos direcciones: el amor divino y el amor terreno o animal. El que ama a una mujer no la desea, y si la desea no puede amarla. Por lo

tanto busca objetos a los que no necesite amar, con el fin de mantener alejada su sensualidad de los objetos amados. Para protegerse de esta disociación, *degrada* psíquicamente el objeto sexual, dejando para el objeto incestuoso la supervaloración que corresponde normalmente al objeto sexual.

Las consecuencias de esta situación se reflejan en una vida sexual poco refinada, puesto que sólo es posible el placer a través de un objeto sexual rebajado y desestimado. El hombre siente coartada su actividad sexual por respeto a su esposa, y sólo desarrolla su plena potencia con objetos degradados, con mujeres a las que considera inferiores, a las que desprecia y de las que ignora circunstancias vitales.

Sin embargo, estos objetos sustitutos degradados nunca proporcionan una satisfacción duradera, y de ahí la inconstancia en las relaciones, los cambios constantes de pareja, la "necesidad de estímulos", tan frecuente en algunos adultos.²

Ésta sería la estructura profunda del macho, la cual tendría socialmente diferentes manifestaciones. Una de ellas sería la del "Don Juan". He aquí una descripción de esta figura, realizada por un experto, que responde exactamente al paradigma anterior:

Don Juan, por el contrario, es incapaz de amar, aunque sea temporalmente, a un tipo fijo de mujer. Busca a la mujer como sexo. La mujer es, para él, tan sólo el medio de llegar al sexo. Su actitud es, pues, la misma actitud indiferenciada del adolescente, y también la actitud del macho de todas las especies.³

(Las diferencias entre un macho y un "Don Juan" son, probablemente, sólo de estrato social.)

Son varios los autores que han visto al machismo como un fenómeno eminentemente social, como una consecuencia de las presiones ambientales. Para Erich Fromm, por ejemplo, el machismo es la consecuencia de una desadaptación neurótica de los impulsos instintivos del individuo, y una consecuencia de las sociedades patricéntricas, donde se manifiesta una autoridad paterna y una sensación de placer por el dominio de los débiles. Este tipo de sociedad propicia las tendencias competitivas engendradoras de ansiedad e inseguridad, las cuales sólo serán dominadas a través de una alta valoración popular y un sentimiento de superioridad frente a los competidores. El afán de prestigio hará surgir la vanidad masculina y el deseo de mostrar que el varón cumple debidamente con el papel que la sociedad le marca. De ahí nacerá el miedo al ridículo, en especial frente a las

mujeres, y como tendencia defensiva ante ello se producirá el odio, el deseo de dominio sobre ellas, la necesidad de hacerlas sentirse débiles e inferiores.

Son muy numerosos los estudios realizados sobre el machismo en México y de muy distinta índole. Unos son sociológicos, otros antropológicos, psicológicos o simplemente apreciativos; unos, muy valiosos, otros, estereotipados. La tendencia a observarlo como un fenómeno característicamente mexicano es empobrecedora y parcial. Como bien ha afirmado un psicoanalista del país, "se ha hecho demasiado hincapié en el machismo mexicano, sin ver que éste es en el fondo universal, aunque en cada país toma sus características propias".⁴

Efectivamente, tomando las descripciones de las cualidades sociales de tres países, los Estados Unidos, Italia y España, a través de algunas obras, se pueden observar en ellas rasgos machistas muy marcados, aunque tengan diferentes y peculiares manifestaciones.⁵ Es de suponer que existan trabajos de este tipo en relación con otros países que tal vez dieran resultados semejantes.

Los autores que consideran el machismo como algo peculiar de México piensan que es una consecuencia del mestizaje indígena y español, y que tiene ya raíces prehispanicas. Así, en una leyenda azteca, se muestra el ideal de unión con la madre en la figura de una mujer virgen que da a luz un héroe, excluyendo la figura paterna. Lo cual se relaciona directamente con el complejo de Edipo y se prolonga, más tarde, en el culto por la Virgen de Guadalupe, de valor afectivo maternal, culto que muchas veces se antepone al de Dios o al de Jesús, a pesar de ser la virgen una figura secundaria en el contenido dogmático.

Los estudios realizados en México sobre el machismo son —como decía— de muy diferente nivel y de muy diferente enfoque. Se refieren, en general, más al ámbito rural que a las ciudades, y más a las clases bajas que a las medias y altas. El término del que parten y en el que encuentran las raíces del machismo es la familia. En general subrayan la supremacía del padre y el espíritu de abnegación de la madre, aunque también "el exceso de madre y la ausencia de padre".⁶ La mayoría de los estudios coincide en que el machismo es una forma de neurosis y considera que las causas de su origen son bastante similares. Las más evidentes serían:

1) problemas de sumisión y rebelión en el área de la autoridad; 2) preocupación y ansiedad por la potencia

⁴ Enrique Guarnier, *Psicopatología clínica y tratamiento analítico*, México, Porrúa, 1978, p. 71.

⁵ Max Horkheimer, "La familia y el autoritarismo", en *La familia*, Barcelona, Ediciones Península, 1972; Margaret Mead, *Male and Female*, Penguin Books, 1958; Luigi Barzini, *The Italians*, Penguin Books, Middlesex, 1968; Salustiano del Campo Urbano, *La familia española en transición*, Madrid, Ediciones del Congreso de la Familia Española, 1960.

⁶ Definición creada por el psicoanalista Santiago Ramírez, uno de los investigadores que más se ha interesado por estudiar el machismo en México.

² Cfr. Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, *Tótem y tabú*, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, *Teoría general de las neurosis*, *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, 3 vols.

³ Gregorio Marañón, *Don Juan*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, p. 76.

sexual; 3) disociación y ambivalencia entre el rol cariñoso y el sexual; 4) interferencia del amor materno con el amor a otras mujeres; 5) división radical entre el papel masculino y el femenino.

Para algunos investigadores el origen del machismo mexicano está en la defectuosa educación que la madre sobrepotenciada dispensa al hijo varón, al que introyecta desde la infancia sentimientos de omnipotencia. En la esfera sexual le permite todas las libertades e incluso las contempla positivamente. Las agresiones del joven hacia la mujer, mediante las cuales establece una cierta identificación con el padre, son aprobadas, por considerarse característicamente heterosexuales. (Prueba clara del temor a la homosexualidad, amenaza que pende siempre sobre cualquier varón, aunque nunca se mencione, como la peor de las vergüenzas.)

El alcoholismo se ha visto también como una consecuencia de las fijaciones maternas. El alcohólico suele ser pasivo-receptivo y el licor actúa en él como un estímulo del complejo de masculinidad, al proporcionarle la sensación de aumento de su capacidad sexual. De esta manera, el machismo alcohólico es una reacción al temor por las mujeres y una compensación para la pasividad del sujeto; al mismo tiempo proporciona un exaltado poder de hombría y halaga el complejo de masculinidad. Es, además, un medio de obtener placer sin molestias, prescindiendo de las mujeres.

En mi investigación personal he tenido un interés particular en conocer la forma en que el machismo se manifiesta en ciertos grupos sociales menos estudiados en trabajos precedentes: en hombres profesionales de la clase media-alta. Mi interés se debía al hecho de que el machismo ha sido considerado en general como un fenómeno más frecuente en la gente de escasa cultura, y se sabía poco qué ocurriría en otros ambientes. Por ello realicé un estudio con diez individuos adultos (sus edades oscilaron entre los veintiséis y los cincuenta y nueve años) de la Ciudad de México, todos ellos universitarios, capaces e inteligentes, con capacidad para comprender el propósito del trabajo.

Como técnica de investigación hice uso de la anamnesis asociativa a través de entrevistas (entre tres y ocho, según los casos) y sólo dirigí la conversación cuando el individuo se desviaba excesivamente del tema central. La clave de la investigación se centró en el evento de la fase edípica y en el intento de cada sujeto por lograr una identidad sexual.

Incluyo aquí, de manera muy resumida, los resultados obtenidos en la investigación.

Según las ideas de Freud, para que el complejo de Edipo se resuelva es necesario que el niño abandone la carga de objeto hacia su madre y que intensifique su identificación con el padre, lo cual sería el proceso normal. (El hombre normal es el que ha aprendido a dominar su complejo de Edipo; el que permanece envuelto

en él es el neurótico.) De los diez casos estudiados, sólo uno ha llegado a una identificación paterna bastante completa, pero parcial con la madre. En dos casos existe cierta identificación con el padre, aunque ha sido más importante la madre, es decir, hay un desequilibrio en las identificaciones. En siete sujetos, por motivos diferentes, la figura paterna estaba ausente o era motivo de profunda hostilidad. En estos últimos se han advertido características machistas más pronunciadas. En los casos en que el padre ha tenido más estabilidad, se ha observado más capacidad para establecer una relación de pareja y los aspectos machistas aparecen aminorados.

En los casos en que las madres percibieron intuitivamente una excesiva atracción del hijo por ellas o descubrieron la masturbación, hubo un intento correctivo, pero no ejercido a través de ellas, sino de la figura paterna temida. Ello produjo una actitud hostil hacia el padre y una excesiva dependencia hacia la madre, lo cual tuvo como consecuencia una vida sexual posterior inhibida y una desintegración en impulsos mutuo-antagónicos.

En los diez sujetos se ha evidenciado, en su pubertad, disociación de los impulsos en sentimentales y sexuales. Todos han buscado objetos para desahogar sus instintos sexuales y han conservado un lugar idealizado para el objeto "inmaculado". (El valor de la virginidad, para unos; el desprecio por las mujeres "fáciles", para otros, o el amor a la madre como ideal para algunos más.) También se ha podido rastrear en esa época la elección incestuosa del objeto, en la mayor parte de los entrevistados. En muchos de ellos esta peculiaridad no ha sido privativa de la pubertad, sino que se ha llevado a cabo en época adulta también. Los rasgos infantiles, consecuencia de esta actitud, que determinan la neurosis han podido encontrarse en los diez individuos. En nueve de ellos persisten los deseos libidinosos hacia la madre, la hostilidad hacia el padre y su sumisión a la tiranía.

La vida erótica actual en la mayoría de los sujetos está disociada: si aman a una mujer, no la desean y, si la desean, no pueden amarla. Es necesario, pues, que el objeto sexual sea degradado para producirles intenso placer. Todo ello fruto de la represión ante la que ha sucumbido el impulso primitivo, reemplazado, en consecuencia, por una serie de objetos sustitutos, siempre insatisfactorios. De ahí la inconstancia en la elección del objeto, el "hambre de estímulos", que se evidencia en la frecuencia de divorcios o en la inestabilidad de las relaciones, que se repiten sin permanencia. Las actitudes característicamente donjuanescas —incapacidad de amar, búsqueda aislada del placer sexual, atracción por la conquista agresiva— se han presentado en siete de los informantes. La situación maniaca, en la que el sujeto celebra su triunfo sobre el objeto que amó y después abandona, se ha producido también en casi todos los casos. El deseo de dominio del objeto, característico de los pacientes obsesivos



(como no pueden amar completamente porque su libido está ligada aún al objeto primigenio, truecan su amor en posesión) se ha advertido más o menos fuertemente en todos los sujetos.

Algunas características de la adolescencia prolongada, intentos violentos de lograr éxito, falta de afirmación y de autocrítica, optimismo inflado, fantasías gratificadoras y pensamiento mágico (neutralizador de las frustraciones) han aparecido con frecuencia en determinados periodos de la vida de los informantes.

En seis de los casos ha sido obvia la admiración por lo masculino y el desprecio por lo femenino. En un caso más no se ha concretado, aunque tal vez estaba implícito en la actitud protectora hacia la mujer o en la admiración exclusiva de sus cualidades físicas. En el resto no han aparecido señas al respecto. Sin embargo, en la educación escolar primaria por la que todos han pasado, se puede observar la tendencia a exaltar los valores considerados como masculinos (temeridad, valor, agresividad y, sobre todo, competencia).

De los seis informantes que tienen hijos, sólo uno permanece con ellos. En el caso de cuatro, divorciados, los hijos viven con la madre y, en distinta medida, tie-

nen poco contacto con ellos. Uno ha tenido hijos con dos mujeres solteras, a las cuales no ve. Varios sujetos han evidenciado que tanto la necesidad de exhibirse con mujeres como el mostrar que han tenido hijos son exigencias sociales más que de interés personal.

En siete de los casos la figura de la madre ha tenido la actitud de sumisión negociada dentro de la familia. En tres, ha sido una personalidad fuerte que opacaba la paterna. Aunque en estos casos el padre formaba parte conjunta de la familia, su imagen era claramente devaluada, a causa de lo cual el hijo no pudo identificarse con él. El resultado es un carácter indefinido del hijo (que se reveló en uno de los sujetos en forma de atracción por las relaciones homosexuales), con tendencia a una posición pasiva y sumisa.

La ansiedad por la potencia sexual fue clara en siete casos. (No se reflejó en tres, lo cual no supone que no existiera.)

Es evidente que en ninguno de los diez casos estudiados el complejo de Edipo ha sido plenamente resuelto. Los rasgos neuróticos aparecen en todos ellos con mayor o menor fuerza y corresponden, muy precisamente, al grado de machismo que se refleja en cada uno. ■